

Un contemporáneo dice con cierta gracia que, en esta guerra los suecos, mas que las armas, emplearon las trompetas para enviar y recibir parlamentarios continuamente, y para facilitar las visitas que mutuamente se hacían los oficiales suecos y los rusos.

Catalina estaba enterada de todo y dirigía las negociaciones, sintiendo entre tanto cierta aversión por la traición de los oficiales. «Si el rey fuese otro hombre, dijo en cierta ocasión, podría compadecerse, pero ¿qué se ha de hacer? Es preciso aprovechar la ocasión de arrojar, si es posible, la mitra de la cabeza del enemigo.» La retirada de los suecos después de estos sucesos podía considerarse como una victoria, y así lo escribía la emperatriz al gran duque Pablo, que había tomado parte en la campaña de Finlandia (1). «Yo creo que tiene la cabeza trastornada,» escribía Catalina á J. J. Sievers, hablando de Gustavo III (2). La emperatriz creía haber ganado completamente la partida.

Y sin embargo, no tardó mucho en presentarse menos risueña la situación de Rusia.

El rey Gustavo consiguió en poco tiempo dominar la oposición de los miembros de la confederación de Anjala: los partidarios del rey procedieron con tanto éxito, que Catalina consideró prudente romper sus relaciones con los confederados. Gustavo supo aprovechar perfectamente la opinión de Suecia en favor suyo; un instinto recto guiaba á las masas que querían la monarquía en vez de la república aristocrática. A fines del año 1788, aconsejó la emperatriz á los finlandeses adictos á Rusia que procuraran salvarse con sus propias fuerzas, pues para nada podían contar con Rusia. «Podeis pedir gracia. No quiero engañaros; no puedo ayudaros mas,» les dijo (3). Algunos de los mas comprometidos huyeron á Rusia; otros fueron reducidos á prisión. Los triunfos que Gustavo consiguió en la guerra con Dinamarca le hicieron mas fácil la victoria sobre los rebeldes.

Dinamarca era la natural aliada de Rusia. Así como entre Rusia y Prusia existieron tratados cuyo objeto era una repartición de Polonia, del mismo modo entre Rusia y Dinamarca se firmaron convenios para llegar á una repartición de Suecia. En el tratado de 1766, las dos potencias enemigas de Suecia se habían garantido mutuamente el mantenimiento de la infeliz Constitución republicano-aristocrática sueca, firmándose además entre ellas una alianza defensiva para el caso de un ataque por parte de Suecia. Cuando Gustavo III llevó á cabo el golpe de Estado, Suecia podía tener ya por segura la intervención de Rusia y de Dinamarca. En Copenhague, como en San Petersburgo, se comprendía perfectamente que toda vigorización del poder monárquico en Suecia implicaba un robustecimiento en su política exterior. Gustavo III estaba convencido de lo peligroso que era para él hacer la guerra á ambas potencias á la vez, y en 1770 había manifestado ya que necesitaba tres ejércitos, uno en Finlandia, otro en Schonen y otro en las fronteras de Noruega.

Algunos hombres de Estado suecos aconsejaban al rey que firmara una estrecha alianza con Alemania, para poder con mayor seguridad dirigirse contra Rusia, pero Gustavo III prefirió buscar en Berlín y en Londres sus aliados contra Rusia y Dinamarca.

(1) Acerca de las relaciones de Carlos de Sudermannland con los rusos, véase mi trabajo, pág. 338. Respecto de Pablo y de Carlos, contiene importantes datos la *Russkaja Starina*, XV, 151.

(2) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XV, 146. Acerca de las negociaciones de Mussin Puschkin con Meyerfeldt, véanse las *Misceláneas* de Bernhardt, I, 124-126.

(3) Chrapowitsky, 30 de diciembre de 1788.

Catalina había firmado con esta última un tratado, en virtud del cual Dinamarca se obligaba, en caso de que Suecia atacara á Rusia, á hacer, con cierto número de buques y de tropas, una diversion en favor de los rusos, atacando por el flanco ó por la espalda á los suecos.

A pesar de esto, cuando estalló la guerra, Dinamarca no creyó prudente acudir resuelta y prontamente al auxilio de Rusia. Gustavo había esperado ser el agredido y por eso confiaba en que Dinamarca podría, sin faltar al tratado, negar su cooperación á los rusos. Pero presentóse el *casus federis* y Dinamarca hubo de cumplir lo prometido, si bien trascurrieron muchas semanas hasta que se decidió á comenzar la prometida diversion. A fines de junio, se cruzaron los primeros tiros entre las tropas suecas y las rusas, y hasta setiembre no se presentaron en territorio sueco las tropas danesas.

Catalina se quejó de la conducta de Dinamarca, tanto mas cuanto que al propio tiempo tenía sobrados motivos para quejarse del escaso éxito conseguido por sus aliados los austriacos en Turquía. «Mejor hubiera sido hacer la guerra sin tales aliados», decía, en su descontento contra Austria y Dinamarca. No obstante, en San Petersburgo se esperaba mucho del ataque proyectado por los dinamarqueses contra Gothenburgo.

Esta intervención de Dinamarca en favor de Rusia no se presentaba como una violación de su neutralidad: así lo creían con Dinamarca, Prusia é Inglaterra, cuyos representantes diplomáticos declararon que sus gobiernos no podrían permanecer indiferentes si los dinamarqueses enviaban contra Suecia mas tropas de las que se había obligado á enviar en pro de Rusia. El comandante de las tropas danesas, el príncipe Carlos de Hessen, cuando se preparaba á atacar los territorios suecos, declaró que el rey de Dinamarca no pensaba en hacer la guerra contra Suecia y que las tropas que mandaba eran meramente las tropas de auxilio que, conforme á lo tratado, debía Dinamarca poner á la disposición de Rusia.

Esta manera de ver la cuestión no podía prolongarse mucho tiempo. Por un lado Catalina se quejaba de que Dinamarca, en vez de presentarse como potencia beligerante, se hubiera contentado con enviar tropas de auxilio; y por otro lado no podía menos de causar gran asombro que los daneses invadieran el territorio sueco, atacaran á las tropas allí apostadas, se apoderaran de muchas ciudades situadas en suelo extranjero, como Uddewala y Wenersborg, y sostuvieran, á pesar de todo esto, que no se presentaban como potencia beligerante.

Suecia, Inglaterra y aun la misma emperatriz censuraron tan sutil distinción entre un estado de guerra y una «diversion con tropas auxiliares enviadas en virtud de un tratado.»

Pronto sin embargo tocó á su término tan indefinida situación.

Cuando el príncipe de Hessen se preparó á sitiarse á Gothenburgo, Gustavo, por medio del armamento del pueblo y de algunas hábiles operaciones, consiguió poner la ciudad en perfecto estado de defensa; y su conducta heroica en aquella ocasión privó á Catalina de las ventajas que la conjuración de los oficiales de Finlandia le había proporcionado. Además habiendo pedido el rey la intervención de Prusia y de Inglaterra, el embajador inglés, Elliot, se dirigió á Suecia, ofreció al gobierno sueco los buenos oficios de Inglaterra y afirmó que el príncipe de Hessen se había extralimitado de las instrucciones que le había dado el gobierno dinamarqués, y había avanzado demasiado con sus tropas. Manifestó además Elliot que Inglaterra y Prusia no podían ver en las tropas del príncipe de Hessen mas

que un ejército ruso, y amenazó á Dinamarca con un ataque de Prusia y de Inglaterra, si no suspendía en seguida las hostilidades. El príncipe de Hessen, por consiguiente, no pudo menos de firmar un armisticio por el cual Dinamarca debió permanecer neutral, y Rusia quedó sin esperanzas por este lado. «Estamos libres de dinamarqueses—escribía Gustavo III á su amigo el conde Stedingk (4 de diciembre de 1782)—y todos sus ataques no han servido mas que para despertar el sentimiento nacional y poner á mi disposición un ejército enteramente adicto (1).»

Catalina, sumamente disgustada, consideró la celebración del armisticio como un rompimiento del tratado. «Nunca hacemos nosotros esas cosas, decía indignada, sin consentimiento de nuestros aliados.» Hizo poner en conocimiento de la corte de Prusia que todo ataque contra Dinamarca sería considerado como una declaración de guerra á Rusia, y procuró excitar de nuevo á los daneses contra Suecia enviando con este objeto á Copenhague á Numsen con el carácter de plenipotenciario y enviado extraordinario.

Todo fué inútil: Dinamarca permaneció neutral (2).

El giro que iban tomando las cosas era sumamente favorable á la situación de Gustavo en Suecia. Habíase creído que la toma de Gothenburgo por los daneses contribuiría indefectiblemente á variar la Constitución sueca, en cuyo caso Gustavo hubiera visto malograrse el resultado del golpe de

Estado de 1772. Sin embargo los acontecimientos tomaron un rumbo diferente; el ataque de Dinamarca fortaleció considerablemente el espíritu nacional. Dicese que Gustavo, que se hallaba en Finlandia cuando la situación era mas crítica, al tener noticia del ataque de los dinamarqueses exclamó: «¡Ahora estoy salvado (3)!»

Durante el invierno de 1788 á 1789, reunióse en Suecia la Dieta, en condiciones muy distintas, todas favorables á Gustavo, el cual consiguió dar un nuevo golpe de Estado. La opinión pública concedió al rey plenos poderes para seguir la guerra, y entonces se creó una especie de dictadura militar tal como en aquel momento convenía á los intereses nacionales de Suecia (4).

A consecuencia de todo esto y á pesar de los triunfos obtenidos por Catalina en las guerras turca y sueca, la situación de la emperatriz se hizo en extremo crítica. La toma de Otschakoff, la victoria conseguida por los rusos sobre los suecos en Hoglandia y las ventajas obtenidas por resultado de la confederación de Anjala, poco significaban si los antiguos enemigos de Rusia, la Puerta y el rey de Suecia, se presentaban de nuevo como adversarios. En el Sur y en el Norte, se encontraba la emperatriz con la política inglesa y prusiana; y era difícil prever á dónde podrían llegar las cosas si ocurría un rompimiento con estas dos potencias.

CAPITULO VIII

ANTAGONISMO ENTRE INGLATERRA Y PRUSIA.—FIN DE LA GUERRA SUECA Y DE LA TURCA

Inglaterra.—Prusia.—Guerra sueca (1789-1790).—Combates navales.—Paz de Werela.—Guerra de 1789.—Muerte de José II.—Ultima faz de la guerra.—La paz

Las amistosas relaciones con Inglaterra habían favorecido, durante la primera guerra turca, las empresas de Rusia contra la Puerta. Rusia é Inglaterra parecían ser aliadas naturales: entre ambas potencias habíase firmado en 1766 un tratado de comercio; y la oposición que entre Francia é Inglaterra existía fué tan favorable á la emperatriz como el antagonismo que solía reinar entre Prusia y Austria (5). La misma guerra de la independencia americana fué una ventaja para la política rusa. Cuanto mas ocupada se encontraba Inglaterra en Occidente, tanto menos podía pensar en oponer se al engrandecimiento del poder de Rusia en Oriente; y lo que es mas, Inglaterra confiaba para la guerra de América en tener las tropas auxiliares rusas que había pedido: Catalina, sin embargo, rechazó tales proposiciones en una carta que escribió á Jorge III (6).

(1) *Memorias póstumas del conde de Stedingk*, I, 138.

(2) Véase sobre todo ese episodio mi trabajo *Neutralidad de Dinamarca durante la guerra ruso-sueca de 1788*, en la *Revista mensual báltica*, Nueva serie, II, 361-372.

(3) Geffroy, obra citada, pág. 665. Horft, *Historia de la última guerra ruso-sueca*, Francfort del Mein, 1792, pág. 112.

(4) Véase la descripción detallada de estos sucesos en mi *Historia de la guerra sueco-rusa*, pág. 166-172.

(5) Véanse los detalles de las relaciones entre Rusia é Inglaterra (1702) en Ssolowieff, XXV, 230, 374. XXVI, 110, 200. XXVII, 221, 321. XXVIII, 102, 202, 327, 412. XXIX, 65, 85.

(6) Ssolowieff, XXIX, 221-222.

Catalina había hablado siempre con desprecio de la debilidad de Inglaterra que no se encontraba en condiciones de mantener su soberanía en las colonias de América. Compadecía á un «gobierno que no podía castigar á sus súbditos rebeldes:» y vituperaba en términos muy duros á los «mercaderes de paños» que desde muchos años antes no hacían sino vacilar y dar pasos en falso. Burlábase de la guerra anglo-francesa, en la cual decía que no se ventilaban ni cometían mas que tonterías, y se representaba á Jorge III como un «pobre cuitado, un desdichado imbécil,» de quien no comprendía cómo podía consolarse de la pérdida de tan hermosas provincias como las americanas (7). Con frecuencia, mortificaba á su médico, el inglés Rogerson, hablándole de los desastres que Inglaterra había sufrido (8); y cuando el embajador inglés, Fitz-Herbert, durante la conversación que tuvo en 1787 con Segur en el coche de la emperatriz al regresar de Crimea á San Petersburgo, procuró demostrar que la pérdida de las colonias inglesas no había sido funesta, sino por el contrario ventajosa á Inglaterra, la emperatriz—que para no interrumpir la conversación se había fingido dormida—apenas pudo, al hablar después con Segur, encontrar palabras con que expresar el asombro que le había causado oír

(7) Véanse esas manifestaciones en la carta á Grimm, *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 92, 149, 191, 224, 395.

(8) Chrapowitsky, 30 de abril de 1786.

«á un hombre tan sensato y lógico como Fitz-Herbert, expresarse tan neciamente (1).» Iguales observaciones de la emperatriz se encuentran en la carta dirigida á la señora Bjelke y en las que escribió á otros personajes (2); pero á pesar de estas manifestaciones no quiso ayudar á Inglaterra en su guerra con las colonias, que estaba demasiado lejos para que la interesase. Catalina criticaba severamente á Inglaterra, porque había formado mala opinión así de Jorge como de sus ministros; pero no tenía deseo alguno de mezclarse en aquellos asuntos. Su conducta respecto de Inglaterra era cada vez mas fría y menos amistosa: el nuevo embajador inglés que, á fines de 1777, llegó á San Petersburgo, John Harris, se encontró en una posición muy desairada: quiso atraer á Rusia á una alianza ofensiva y defensiva y no pudo conseguirlo; y sus esfuerzos para lograr que Rusia se mostrara hostil á Francia, se estrellaron ante la conducta reservada de la emperatriz, la cual, fuera de esto, trató con gran amabilidad al inteligente embajador. Las negociaciones sirvieron tanto menos, cuanto que Rusia tuvo ocasión de quejarse, en una enérgica nota, de las vejaciones que sufrían los buques rusos por parte de los corsarios ingleses (3).

Cada vez se ponía mas de manifiesto que Rusia no consideraba conveniente una alianza con los ingleses. En San Petersburgo se opinaba que Inglaterra necesitaba mas de Rusia que ésta de Inglaterra. «La amistad rusa, escribía Harris á su gobierno, puede compararse con el clima del país, que es tanto mas frío cuanto mas claros son los días: en ella solo encontramos palabras y ningún hecho; hermosas frases y frios subterfugios (4).» Todas las tentativas que hizo Harris para conseguir que Rusia interviniera entre Francia y España, por un lado, é Inglaterra por otro, se estrellaron ante las excusas de la emperatriz, la cual, en este punto, estaba completamente de acuerdo con Panin, si bien Orloff y Potemkin, en cambio, se mostraban propicios á Inglaterra. Catalina vió al parecer con satisfacción que el gobierno inglés se enredara en una guerra, mientras ella estaba ocupada en Oriente; y no pudo influir en su ánimo ni siquiera la promesa de la cesión de la isla de Menorca, que le hizo aquel gobierno como recompensa de su mediación (5).

El antagonismo que entre Inglaterra y Rusia reinaba creció considerablemente por la redacción de un reglamento que hizo Rusia para proteger el comercio de las potencias neutrales durante las guerras marítimas. Catalina deseaba pedir una satisfacción por los perjuicios que al comercio ruso había causado la guerra entre Inglaterra, Francia y España, y pensaba, además, evitar por medio de convenios basados en el derecho de gentes la repetición de aquellos sucesos en lo porvenir. La emperatriz quería adquirir el mérito de haber dado un paso trascendental en la historia de la comunidad de derecho entre las naciones.

El pensamiento sin embargo quedó en suspenso. Los perjuicios que solían ocasionarse á las potencias neutrales obligaron á varios hombres de Estado á adoptar algunas medidas para hacerlos desaparecer. Gustavo III reivindicó la prioridad de la idea, que también se ha atribuido á Vergennes: dicen algunos que Federico II la emitió muchos años antes; y en Rusia señalábase como autor ya á Catalina, ya á Panin, ora á Bakunin, ora á Besborodko. Esta cuestión no

(1) Segur, *Memorias*, III, 229-230.

(2) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII, 44, 147, 154.

(3) Ssolowieff, XXIX, 299-301.

(4) Harris, *Diaries*, I, 197.

(5) Véanse las suposiciones acerca de las razones que indujeron á la emperatriz á rechazar la oferta de la isla de Menorca, en Harris, I, 533. Algunas observaciones relativas á la mediación se encuentran en Arnetz, *José y Catalina*, 31, 33, 35, 49.

ha sido resuelta todavía; pero es de notar que solo Catalina se atribuyó la paternidad de la idea de la neutralidad armada. En la obra de Denina sobre Federico II, dicese que ya en 1744 el rey de Prusia había iniciado el pensamiento, á lo cual contestaba Catalina: «No es cierto: la neutralidad armada no salió de otra cabeza mas que de la de Catalina II. El conde Besborodko puede atestiguar que una mañana, la emperatriz emitió esa idea repentinamente inspirada. El conde Panin no quiso oír hablar de ella, por la razón de que no había sido su autor; y costó mucho trabajo hacérsela aceptar. La redacción del proyecto fué confiada á Bakunin, que lo estudió realmente (6).»

Recientemente, se ha demostrado que Bakunin y Besborodko hicieron los principales trabajos en la redacción del proyecto (7); pero la misión de formular las condiciones del derecho de gentes fué confiada á otros. La idea principal pudo muy bien sin embargo haber salido de Catalina, la cual no sin satisfacción escribía á Grimm, en febrero de 1780, que «pronto se publicaría una declaración.» «Dreis, añadía mas adelante, que esto es volcánico, pero no había medio de proceder de distinto modo, pues los tudescos á nadie odian tanto como á los que quieren jugar con sus narices (8).» Federico II se deshizo en alabanzas y escribió á Catalina diciéndole que la publicación del Código marítimo era uno de tantos hechos gloriosos realizados durante su reinado, y que ella, despues de haber hecho la felicidad de su imperio por medio de sabias leyes, se había cuidado de darlas al imperio de los mares, etc. (9).

Las comunicaciones del embajador inglés Harris nos demuestran la influencia que en el ánimo de Inglaterra produjo aquella declaración. Harris tuvo varias entrevistas con Panin para tratar del asunto y manifestó, con cierta satisfacción, que el almirante Greigh se había pronunciado decididamente contra el nuevo derecho marítimo. El embajador censuraba la arrogancia de la emperatriz que se figuraba poder dictar leyes al mundo. En la larga conversacion que sobre el asunto tuvo con ella, dijo Harris que se trataría con todas las consideraciones posibles á los buques rusos, con tal que la emperatriz renunciara á su intento de generalizar la ley, de hacerla valedera para todas las naciones; pero se hubo de convencer de que la emperatriz no estaba dispuesta á dar un paso atrás, sino antes bien decidida á hacer de su proyecto una institucion permanente (10). Mas adelante puso como precio de su mediación en la guerra entre Inglaterra y Holanda el reconocimiento por el gobierno inglés de los principios fundamentales sentados en su proyecto (11). Harris, indignado, escribió diciendo que la emperatriz quería desempeñar el papel de *Universal Maritime Legislatrix*; que aquellos principios fundamentales eran opuestos á la conducta seguida por Rusia durante la guerra turca; que una neutralidad armada no podía ser una neutralidad; y que era ridículo creer que de esta suerte se adelantaba un paso en el desenvolvimiento del derecho de gentes, etc. (12).

(6) *Archivo ruso*, 1878, II, 290.

(7) Acerca de la parte que en ello tomó Besborodko, véase su biografía, escrita por Grigorowitz, en el tomo XXVI de la *Ilustración de la Sociedad histórica*, 64-65. Respecto de lo que hizo Bakunin, véase la relación del embajador sardo, de Perelo, inserta en el apéndice de la *Ilustración*, XXVI, 329. En la misma, pág. 331, se refiere una absurda anécdota acerca del sentimiento de Panin, que hubo de ser el autor de la idea.

(8) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 174.

(9) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XX, 392-393.

(10) Harris, I, 284, 448. Catalina estaba determinada *to carry this strange yet favourite measure of hers into a permanent law*.

(11) Harris, I, 482.

(12) Harris, I, 486 y 502. II, 28, 39. Véanse algunas anécdotas curiosas acerca del disgusto de Harris, en Castera, II, 153.

Pronto se firmaron por Rusia con distintos Estados convenios basados en los nuevos principios, y no es de extrañar que José II se apresurara á aprobarlos (1). Rusia se conquistó con esta iniciativa cierta influencia en la codificación del derecho marítimo internacional, y con ella puso coto á la autoridad absoluta que en los mares ejercía Inglaterra, la cual ya no pudo tan fácilmente hacer frente á la lucha que Rusia había suscitado contra los intereses ingleses. Ni el hecho de verificarse cierta aproximación entre Rusia y Francia, ni el de que entre ambas se firmara, por efecto de los buenos oficios de Segur, un tratado de comercio, pudieron dar un carácter mas amistoso á las relaciones que entre Rusia é Inglaterra reinaban. El antagonismo quedó subsistente.

Prusia.

El cambio ocurrido en 1780 en la política exterior de Rusia fué un golpe mortal para las relaciones políticas ruso prusianas. Las pocas cartas que posteriormente se cruzaron entre Federico y Catalina abundaban en palabras, pero carecían de fondo. Uno y otra comprendieron que las mutuas relaciones habían cambiado radicalmente.

Muy pronto, cuando se hubo sentado en el trono el sucesor de Federico II, hizose patente cierta tirantez entre ambos Estados.

Ya hemos visto la desfavorable opinión en que Catalina tenía á Federico Guillermo; y al saber, en 1786, por un periódico de Berlín que se le llamaba el «admirado» preguntó qué era lo que parecía admirable en el nuevo rey de Prusia (2), y dijo que el rey, á quien se llamaba *le loué*, era un tonto, un simple (*un benet*) (3). Cuando Inglaterra y Prusia se aproximaron, y observaron (1787) respecto de Rusia una conducta hostil, dijo Catalina, en son de burla, que el *hermano Jor* y el *hermano Gui*—así solía denominar respectivamente á Jorge de Inglaterra y á Federico Guillermo—se encontraban en todas partes como las trufas en la comida (4). Solía designar la alianza entre Prusia é Inglaterra con las palabras *Jorgui, Jorguismo*, y decía riéndose: «El hermano Jor y el hermano Gui son un par de anteojos que vendrán muy bien á las narices de las pobres gentes, las cuales podrán comer de este potaje hasta reventar (5); pero ellos siempre serán lo que son D. D. D. (6).»

Paso á paso fué haciéndose patente, especialmente en 1787, la malévolá conducta de Prusia. Catalina en sus cartas á Potemkin se lamentó repetidas veces de las intrigas de Inglaterra y de Prusia (7); y aunque Potemkin opinaba que no debía romperse con las dos potencias, Catalina siguió respecto de ambos gabinetes una conducta altanera é independiente (8), manifestando siempre la indignación que le había producido su intervención en favor de Suecia y de Turquía. Sabía perfectamente que Gustavo III había comenzado la lucha confiado en el auxilio de Prusia y de Inglaterra, y que la guerra entre Gustavo y ella había sido considerada por las cortes prusiana é inglesa como muy favorable para salvar á Turquía (9). El embajador inglés en Berlín, Elliot, decía

(1) Arnetz, *José y Catalina*, pág. 104, 109.

(2) Carta á Grimm de 4 de octubre de 1786, en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 384.

(3) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 431.

(4) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 434.

(5) *Intrigas diplomáticas*.

(6) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 437.

(7) Véase, por ejemplo, la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII, 446.

(8) Segur, III, 335.

(9) Véanse algunos detalles en mi *Historia de la guerra ruso-sueca* (ruso), pág. 17.

CATALINA II

que algo debía suceder para poner término al incremento que iba tomando el poder de Rusia (10). A la intervención de Prusia y de Inglaterra tuvo que agradecer Gustavo que terminara tan pronto el conflicto entre Suecia y Dinamarca.

Catalina, indignada, escribía á Potemkin, entre otras cosas: «Hacemos contra Prusia lo que podemos, pero con los enemigos no hay mas medio que combatirlos.» En su carta á José, quejándose de las intrigas prusianas en Constantinopla, del entusiasmo que reinaba en Polonia por Federico Guillermo II, de la violenta presión que se había ejercido sobre Dinamarca, etc. Besborodko, en una carta dirigida á Woronzoff, decía indignado que el rey de Prusia adoptaba el lenguaje de un dictador y aconsejaba que se usara con él de gran energía (11), al paso que Potemkin opinaba que se guardara gran circunspección para con la Prusia (12).

En una carta dirigida á Potemkin en abril de 1789, decía Catalina que los ingleses y los prusianos la odiaban personalmente y procuraban, en cuanto podían, empañar su gloria y excitar enemistades contra ella (13). Por otra parte, decíase con frecuencia que el odio de Catalina contra Jorge III era mayor todavía, y observábase también que el embajador prusiano en San Petersburgo era tratado con dureza y menosprecio (14).

La acción comun de Prusia y de Inglaterra podía ser funesta para Rusia. Catalina hacía supremos esfuerzos para continuar las guerras turca y sueca: el país estaba aniquilado: la Hacienda veía agotados sus recursos, y en tal situación, se presentaba la posibilidad de una tercera guerra, ocasionada por el desprecio con que Federico Guillermo II era tratado por Catalina, desprecio tanto mayor cuanto mas peligrosas eran las condiciones en que se encontraba la emperatriz respecto de Prusia. La Rusia tenía en el ministro inglés Pitt un poderoso enemigo, el cual había declarado que era preciso oponerse con todas sus fuerzas á los proyectos de Catalina y que los intereses de Prusia y de Inglaterra eran los mismos. Prusia, al prestar su apoyo á Gustavo contra Rusia, se había propuesto poner término á la influencia rusa en Polonia, y Pitt pensaba evitar que Turquía fuese el botín de las dos cortes imperiales (15). En tan difíciles circunstancias continuó Rusia sus guerras contra Gustavo III y contra Turquía, logrando llevarlas á un término decoroso.

Guerra sueca (1789-1790)

Bajo el punto de vista militar, Rusia comenzó la campaña de 1789 en mejores condiciones que el año anterior, apoderándose de algunos puntos importantes de la Finlandia meridional. La escuadra de galeras que tan importante papel debía desempeñar en los años de 1789 y 1790 había sido reorganizada (16). Los rusos consiguieron además, en la primavera de 1789, posesionarse de la ciudad de Cristina en la Finlandia sueca. La noticia del combate de Ciro ó Parosalmi, menos favorable á los rusos, disgustó tanto á la emperatriz, que dijo que nunca había recibido otra mas desagradable en lo que llevaba de gobierno, es decir, en el espacio de 27 años. El suceso fué de poca importancia, pero el temor y la excitación que en San Petersburgo se notaron, demuestran la impresión que produjo.

(10) *Gustaf tredje's efterlemnade Pappers*, III, 204-206.

(11) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVI, 407.

(12) *Archivo ruso*, 1873, pág. 1686. Archivo del príncipe Kotschubei en Dikanka. Carta de Potemkin á Besborodko.

(13) *Russkaja Starina*, XVII, 26.

(14) Garnowsky, en la *Russkaja Starina*, XVI, 219.

(15) Ranke, XXXI, 337.

(16) Véanse los detalles de la campaña en mi obra sobre la guerra, pág. 177.